

Josefa

Magnolia García de la Cruz

En el baúl de mis recuerdos, guardo con mucho cariño aquellos momentos que pasé con mi abuela: doña Chepita, como la conocía la gente del pueblo. Era una mujer alta, morena, de ojos grises y caminar erguido y altivo, con su largo cabello siempre peinado en un chongo. A pesar de sus años todavía conservaba esa belleza mestiza de la cual se enamoró mi abuelo Antemio.

Hija de un general español que en tiempos de la Revolución se robó a mi bisabuela Norbertha, sólo tuvieron tres hijas: mi abuelita Josefa, mi tía Goya y la más pequeña, que falleció. Mi abuelita tuvo nueve hijos: la mayoría de piel blanca y ojos claros. Mi madre era güera, de cabellos largos y dorados y ojos color de miel, pero uno de mis tíos era moreno, casi mulato. Un día le pregunté a mi abuelita si todos mis tíos eran hijos de mi abuelo Antemio, y muy enojada me contestó: "Chamaca del demonio, claro que todos son hijos de tu abuelo". Insistí: "Y entonces ¿por qué mi tío Tobías es negrito?". No me contestó, sólo me dio un manazo y me dijo: "Vaya a ver si ya puso la cochina". Salí corriendo y a medio camino me devolví: "Abue, la cochina no pone huevos, no es gallina", y ella se soltó riendo.

Mi abuela era una gran yerbera: lo mismo curaba el ombligo a un chiquito que una caída de cuajo, quebrantos, mal de ojo, calentamiento de cabeza, soltura, empacho o sustos. Cuando daba masajes, tenía unas manos cálidas y diestras que curaban cualquier torcedura.

Fui testigo de muchas de sus curaciones y en algunas de ellas fui su ayudante. Tenía un amplio jardín donde abundaban las gardenias, su flor preferida, pero también tenía sus yerbas

medicinales: belladona, maguey morado, yanten, ruda, hierbabuena, zacate limón, mostaza y algunas otras que cortaba en el campo.

A veces me mandaba por alguna yerba, como el día que escupió el suelo y me dijo: "Quiero que vayas a buscar malva, tienes que regresar antes de que se seque la saliva", y salí corriendo. Mientras cortaba la malva pensaba: "Se me hace que no me va a dar tiempo a llegar antes de que se seque". Y cuando regresé, lo primero que hice fue ir a ver la escupida. Respiré tranquila porque no se había secado.

Mi abuela agarró un poco de malva y se la dio a una señora al tiempo que le decía: "Hierva todo esto en un litro de agua y le pone un lavado a su señor, inmediatamente arrímele la bacinica y verá como se le quita lo tapado". Yo no entendía cómo una yerba que agarrábamos para hacer escobas servía también para destapar a un señor.

Cierto día, mi hermano Memo se puso malo y mi abue dijo: "Tiene aceda la panza; a ver, Magnolia, ven aquí". Me acerqué y sacando la bacinica me dijo: "Quiero que orines". Y yo: "No tengo ganas". "Pues a ver cómo le haces, pero necesito bastante orín". "Pero no tengo ganas". Por fin, refunfuñando me senté en la bacinica y oriné. Mi abuela fue al fogón y sacó cenizas que mezcló con los orines, luego hizo un emplasto que le puso a Memo en la panza, lo tapó y lo dejó descansar. Yo me quedé cuidándolo.

De repente empecé a oír ruidos y vi a Memo que eructaba y se echaba tantos pedos que parecía que se estaba rompiendo. Salí por mi abuela: "¡Abue, abue!, Memo se está muriendo!". Y ahí viene mi abuelita corriendo a todo lo que podía, al verlo me dice: "Chamaca del demonio, qué susto me pegaste, no se está muriendo, está sacando todo el aire que tenía adentro", y pensé: "Pues a qué horas lo inflaron que no me dí cuenta".

En el patio había un árbol de caimito y la savia que soltaba parecía un chicle sin sabor; me gustaba agarrar un poco y masticarlo, pero hacía tal escándalo al mascararlo que un día mi abuela, cansada de tanto ruido, me dijo: "Si sigues masticando chicle, el



‘tuche’ se te va a poner aguado”. Pelé tremendos ojotes y sin pensarlo tiré el chicle, y corrí al baño a revisarme a ver si todavía no se me ponía aguado. Lo sentí igual que siempre, pero por las dudas no volví a masticar chicle.

Mi abuelita acostumbraba comer y dejar un poco de comida en su plato, pues decía que siempre que comiéramos debíamos dejarle un bocado a nuestro ángel de la guarda; pero en cuanto se descuidaba me comía lo que ella dejaba. La verdad es que a mi ángel de la guarda siempre lo tenía muerto de hambre.

Cómo me gustaba oír los cuentos de ‘Juan Tonto’ que mi abuelita usaba para enseñarnos a obedecer. Juan Tonto era un niño muy flojo, no le gustaba levantarse temprano y su mamá le decía: “Juan, levántate que un hombre que madrugó, una moneda de oro se encontró”, y él decía: “Jummm, más madrugó el que la perdió”. Total, que nunca le ganaban.

El valor de la honradez me lo enseñó con esta moraleja: Había una viejecita cuyo hijo le llevaba cosas que robaba; la viejita le pedía más y el hijo, por verla contenta, robaba para complacerla, hasta que un día lo agarraron y lo llevaron a la cárcel. La mamá lo visitó y el hijo, enojado, le reprochó: “Tú eres la que deberías estar en la cárcel: si tú me hubieras corregido en lugar de pedirme y aceptar cosas robadas, hoy yo no estaría aquí, madres como tú no deberían existir”.

Una noche de luna llena me dijo mi abuelita: “¿Ves esa cara de mujer que se ve en la luna?”. “Sí”. “Pues es una mujer que desobedeció a sus padres y la luna para castigarla se la llevó, y todas las noches se asoma a la tierra para que la gente la vea y se porten bien, así no les pasará lo que a ella”.

Mi abuelita nunca me pegó; su cariño y su paciencia lograron más que los azotes. Doña Chepita conservaba muchos recuerdos de su juventud, y a veces, después de insistirle, me los contaba: “Yo nací en Cupilco (Tabasco) en 1888, el día de San José, por eso me pusieron Josefa. Fui una niña muy tranquila”. “¿Y nunca te portabas mal?”, preguntaba yo. “No, nunca, mis padres me enseñaron a obedecer”. “¿Y no te pegaban?”. “No recuerdo que me

hayan pegado". "¿A qué jugabas?". "Si me sigues interrumpiendo, ya no te cuento nada". "Está bien, me voy a quedar callada, pero sígueme contando".

"Yo tenía doce años cuando el cambio de siglo, ese día todos los del pueblo vimos cómo aparecieron dos soles en el cielo". "¿Dos soles?, pero si nada más tenemos uno, ¿dónde quedó el otro?". "Se lo tragó el más grande, por eso nos quedamos con uno, el que todos conocemos". Yo le contestaba: "Pues qué malo el sol que se tragó al otro". "¿Qué no te puedes quedar callada y sólo escuchar?". "Ta' güeno, me callo".

Y siguió narrando mi abuelita: "Cuando mataron a mi papá en la Revolución, mi mamá tuvo que huir con nosotras; años después conocí a tu abuelo y nos casamos. Tu abuelo trabajó durante años para pagar una deuda que dejó su papá en la tienda de raya. Antes las deudas también se heredaban, y justo una semana después de que acabó de pagarla salió una orden del gobierno en la cual las tiendas de raya desaparecían y las deudas también. Tu abuelo lloró, decía que era una burla del destino lo que le había pasado".

"Tiempo después compramos un ranchito en Paraíso, Tabasco. Una mañana el cielo amaneció muy negro, como si se avecinara una gran tormenta. Los animales estaban muy inquietos, era como si presintieran algo. Tu abuelo me dijo muy preocupado: 'Parece ciclón lo que viene'. El viento fue arreciando y al ver esto, tu abuelo dijo: 'Hay que prepararnos'. Amarró a todos tus tíos abrazados a los troncos de las palmas y mis cosas las enterré. Tu abuelo fue el último en amarrarse".

"Cuando empezó el ciclón era un viento tan fuerte que cerramos los ojos y rezamos en silencio; sentía cómo se mecía la palma donde estaba amarrada. El agua azotaba con tanta fuerza que parecía que nos clavaban agujones en la espalda. Pensaba tanto en mis hijos... No se podía ver nada, todo estaba oscuro. No sé cuánto tiempo pasamos ahí. De repente tu abuelo empezó a desatarnos, el aire se había calmado y sólo lloviznaba. Todos tiritábamos de frío, pero estábamos bien. Sentí una gran tristeza

cuando vi mi casa: sólo quedaban los horcones, no tenía techo ni paredes; pero todos estábamos sanos y salvos”.

“Abuela, cuéntame de Tomás Garrido ¿es cierto que no le gustaban las iglesias y los santos?”. “Sí, es cierto, mandó quemar iglesias, mató a los curas, y sus soldados pasaban por las rancharías, entraban a las casas y si encontraban santos, los quemaban. Vivíamos con miedo, yo enterré todos mis santos, y cuando todo pasó no me acordaba donde los había enterrado. Ya me cansé de hablar, si te portas bien, tal vez mañana te cuente más”.

Me gustaban mucho sus piernas, y a veces, cuando se descuidaba, levantaba sus enaguas para vérselas; ella me daba un manazo y me decía: “¡Chamaca del demonio, cuándo se te quitará lo cuzca!”. Cuando se peinaba y dejaba su larga trenza sin recoger, yo pasaba y simulaba jugar a la cuerda con ella, entonces enojada me gritaba: “¡Hija de tu madre, ¿Qué no te puedes estar quieta!”. Yo me alejaba riéndome.

Tenía una caja de madera semejante a un baúl grande donde guardaba su ropa; me gustaba verla cuando sacaba todo y luego poco a poco lo iba acomodando. Tenía un blusón y una enagua que nunca se ponía y solía decir: “Con esta ropa quiero que me entierren”. Y la colocaba en un lugar especial de su caja. Un día, al oír esto el corazón me dio un vuelco, la abracé y le dije: “Abuela, tú nunca vas a morir”.